



**EL AR -
TE DE
HABLAR**

MANUEL TAMAYO

CARATULA: Gloria Caboda S.

MANUEL TAMAYO PINTO-BAZURCO

El arte de hablar

PRIMERA EDICION

3,000 Ejemplares

Con licencia eclesiástica

Pedidos a JALSA — Jirón Cusco 440 Telf. 28-3330 — Lima

INDICE

	Pág.
La necesidad de expresarse bien	5
Silencios mal guardados	9
Silencios bien guardados	11
La Caridad en la expresión	13
Lenguajes sin contenido	15
Hablar por quedar bien	17
El dominio del idioma	19
Hablar con fundamento	21
Corrección en la expresión	25
El lenguaje del alma	30
La valentía de hablar claro en la dirección espiritual	31
El arte de hablar	34
Las expresiones del alma limpia	38

La necesidad de expresarse bien

Cuando era estudiante universitario, trabajaba al mismo tiempo en una oficina de recepción; era la mesa de partes, donde se iniciaban todas las gestiones de una importante institución estatal.

Los que acudían allí querían resolver sus problemas; se reflejaba en los rostros inquietud y preocupación. Estaban dispuestos a cualquier cosa que se les pidiese con tal de ofrecerles a cambio el alivio, al menos parcial, del peso que traían encima.

Mi papel no era importante, tan sólo recibía los asuntos y los trasmitía por el conducto regular ya establecido. Mi mejor ayuda, como sucede en todas partes, era trabajar bien y rápido. Admitir la flojera significaba detener la marcha de los asuntos, aunque quizá eso, a los ojos de un estudiante universitario más preocupado por su prestigio que por los asuntos humanos, no se podría descubrir si no se pensaba en los demás.

Las dificultades de los que allí se presentaban me motivaron bastante y me dediqué a pen-

sar en esos asuntos. No buscaba solucionar los problemas concretos, que no eran de mi incumbencia, ni tenía la capacidad para hacerlo. Más bien quería estudiar los problemas generales y de fondo que se veía en la gente. Lo que me hacía pensar era: la formación del hombre, su personalidad, sus aspiraciones, sus metas, su fin.

Una visión superficial o parcial hubiera podido llevarme por otros caminos: a tener una inquietud revolucionaria, o a buscar soluciones inmediatas y poco pensadas, o tal vez a meterme en terrenos que no tenía ni tengo porqué pisar, o a lanzar opiniones diversas argumentadas con mil razones que no faltaban, o a levantar mi protesta estéril ante los abusos e injusticias. o a remover a los universitarios señalándoles con lupa las irregularidades de los casos que me encontraba. Quizá hubiera echado por tierra el silencio de oficio que es la garantía moral del buen trabajador, que lleva con garbo el peso de sus obligaciones, y no las ventila a todos los aires, corrompiendo sus deberes ante ojos curiosos que más que dar soluciones van a aumentar las complicaciones.

Ese trabajo, al que dediqué unos años, fue una buena experiencia que contribuyó en su momento a la misión a la que dedico gran parte de mi vida: formar gente. Primero mi carrera, el estudio de las Ciencias de la Educación, me llevó a esos ambientes donde la formación ocupa un primerísimo lugar y luego después de ordenarme sacerdote estoy rodeado de mucha gente que viene a pedir consejo y yo tengo obligación de formarles bien.

Pero volviendo a las experiencias del trabajo que contaba, una de las lecciones aprendidas está relacionada con el modo de expresarse que tenían las personas que se acercaban a mi oficina. Yo escuchaba a todos: a veces venían excelentes oradores que empleaban su retórica para aligerar sus trámites. Daban razones y argumentos convincentes para que se trabajara rápido y bien. Pero otros, se detenían delante del escritorio y no sabían qué decir, había que averiguarlo y no era fácil. Algunas veces la abundancia de trabajo no permitía atenderles, pero ellos estaban allí dispuestos a permanecer horas, en espera de alguien con paciencia y tiempo que les escuchara con interés.

Recuerdo que una vez, también por motivos de trabajo, contemplé con estupor un interrogatorio en el estudio de un abogado. Estupor ante la pobreza de lenguaje del cliente que había sufrido una serie de agravios. Sus declaraciones habían sido, sin quererlo él, totalmente contradictorias; tan sólo por no saber manejar el idioma. Se observaba en lo que decía una ignorancia profunda, se defendía con miedo y usaba frases sin sentido. La otra parte, hábil en el manejo del lenguaje iba por delante en el juicio. El abogado tenía que luchar titánicamente para levantar el caso en defensa de la justicia.

Otro caso de pobreza de lenguaje me llamó mucho la atención: se trataba de un muchacho que había sido acusado por sus amigos de haber herido a otro en una reyerta callejera. La acusación era injusta, pero él que no sabía expre-

sarse no podía contar los hechos; lo único que hacía era gritar y protestar: ¡es mentira!, ¡es una injusticia!... y lanzaba insultos a quienes le habían acusado. Toda conversación con él era muy difícil. La ira que llevaba dentro no le permitía hilvanar las ideas y su lenguaje era ininteligible: jerga abundante y palabras cortadas. Se hacía muy difícil el ayudarle.

Casos como éste no faltan en los juzgados, comisarías, etc., pero no vamos a fijarnos en la conducta de la gente sino en su lenguaje. La pobreza del lenguaje es un problema que afecta a un gran sector de la sociedad. Hay mucha gente que se acostumbra a hablar mal y no se corrigen, no hay un progreso en su lenguaje, les falta vocabulario y recurren a una solución fácil: en esa laguna de palabras entrecortadas utilizan la jerga, que es la moneda falsa del idioma a la que se recurre por desconocer el vocabulario correcto y apropiado. Esta situación se da en todos los ambientes: gente joven y mayor, de la ciudad o del campo.

Recuerdo otra anécdota similar: Un día me avisaron por teléfono que un amigo había tenido un accidente y que se encontraba en una asistencia pública. Al llegar yo, no me dejaron entrar de inmediato ya que el médico estaba atendiéndolo. En la espera, larga por cierto, pude contemplar un caso interesante para nuestro tema. Había no muy lejos de mí un médico que se esforzaba mucho tratando de averiguar lo que una señora había ingerido. Le hacía todo tipo de preguntas y la señora no hablaba; de vez en

cuando arrancaba una frase, pero de pronto, le entraba risa, se paraba y callaba otra vez. El médico le hacía ver la gravedad de su estado y que era muy importante que hablase. La señora parecía no entender y no darse cuenta del problema en que estaba. Esta situación causaba preocupación en todos los que estaban alrededor; miraban con deseos de que hablase. Más de uno comentó: ¡Qué ignorancia más grande! ¡Qué barbaridad! ¡Se puede morir...! Un pariente que tenía al lado le rogaba con lágrimas en los ojos que por su bien hablase... y allí dejé la historia porque ya pude ingresar a la habitación de mi amigo. Aunque la historia esté inconclusa basta lo que hemos contado para darnos cuenta lo importante que es saber expresarse. En muchas ocasiones sólo nosotros podemos decir lo que sucede.

Silencios mal guardados

Muchas veces tener algo dentro es como llevar una carga de dinamita; puede ser un peso tremendo que nos llena de preocupación y nos hace ineficaces. Las virtudes nuestras se paralizan, nuestra capacidad queda limitada, estamos como enfermos, sin rendir todo lo que podemos. Hay silencios peligrosos, que hacen mucho daño: el silencio del alma pecadora que no quiere acusarse y esconde su falta, el del cómplice que es contribución al mal, el del padre o de la madre que tiene miedo de corregir a sus hijos, el de la autoridad que no sabe mandar cuando tiene que mandar, el del educador que no corrige, el de

cualquiera que con sentido común se da cuenta que hay cosas que no se pueden callar y hay que decirlas.

Los ladrones o asesinos que han sido sorprendidos por alguien tratan de intimidarlo para que no hable, algunas veces le amenazan y otras no dudan en liquidarlo, así aseguran el silencio. Los cómplices se comprometen mutuamente a guardar silencio. Cuántos grupos en el mundo hacen presión a base de miedo y violencia para que no se hable y así se cometen crímenes e injusticias. Al soplón se le castiga seriamente. Muchos viven bajo amenaza y no se atreven a soltar lo que llevan dentro.

También los niños hacen sus travesuras a escondidas y cuando hay sospecha y se les pregunta se muestran herméticos, con una rigidez y un nerviosismo que los delata. Es el momento de educar para que sean sinceros y no tengan miedo a la verdad. Algunos padres se asustan cuando descubren una mentira en sus hijos, les parece increíble y en vez de educarles conversando con ellos y ganándose la confianza, les amenazan y castigan. Con esto sólo consiguen que se aumente el problema, que mientan más, que actúen a escondidas. "Escuchad a vuestros Hijos, dedicadles también el tiempo vuestro, mostradles confianza; creedles cuanto os digan, aunque alguna vez os engañen; no os asustéis de sus rebeldías, puesto que también vosotros a su edad fuistéis más o menos rebeldes..." (1)

(1) J. Escrivá de Balaguer. "El matrimonio, Vocación Cristiana". Ed. Universitaria de Piura, Colección Algarrobo, Piura, 1972, pág. 74.

El adolescente que recurre a las drogas y se mete en ambientes malsanos lo hace generalmente a escondidas; le preocupa mucho ser descubierto y se defiende con la mentira; es más: se acostumbra a mentir. Lo que esconde es tan grande que la mentira le parece algo insignificante. Vive con un peso encima muy grande, pierde la alegría, pierde la paz y es fácil que se llene de indiferencia y amargura. No sabe que su problema empieza a resolverse cuando es sincero y dice la verdad.

Silencios bien guardados

Hablar es importante y necesario; lo que llevamos dentro debemos contarlo a quien corresponda, y sólo a quien corresponda, guardando un silencio total con otras personas. Un médico no puede dar a conocer a cualquiera la ficha de enfermedades de sus pacientes, ni un funcionario puede revelar los asuntos de su trabajo indiscriminadamente, debe respetar el silencio de oficio. El sacerdote por ejemplo tiene prohibición expresa, el sigilo sacramental, de no revelar ni dar a entender a nadie lo que el fiel le ha dicho en confesión. El sigilo sacramental es algo sagrado y de un orden muy superior al secreto profesional. La obligación del sigilo es de derecho divino y de derecho eclesiástico. El confesor que viola de una manera directa el sigilo sacramental, automáticamente incurre en excomunión. Al margen del sigilo, hay silencios buenos que conviene guardar aunque no haya una ley que los obligue: el si-

lencio del que trata íntegramente a Dios y lo lleva dentro con naturalidad sin manifestaciones externas para llamar la atención; el del trabajador eficaz, que cumple con su deber calladamente; el silencio que impide una discusión pasando por alto alguna insignificancia; el del buen amigo que no revela los defectos del prójimo, sino que más bien los oculta; el silencio humilde cuando no se sabe. “¡Qué fecundo es el silencio! —Todas las energías que me pierdes, con tus faltas de discreción, son energías que restas a la eficacia de tu trabajo—. Sé discreto”. (2)

El respeto a las demás personas nos lleva a callarnos muchas veces. Hay quienes no comprenden esto y quieren ventilarlo todo. Se dedican a buscar y rebuscar los fallos humanos que encuentran en el prójimo para publicarlos y escandalizar. Y la finalidad no es el amor a la virtud o a la verdad sino el amor propio. Lo hacen para escalar y no les importa pisotear la dignidad de las demás personas con murmuraciones, o difamaciones y hasta calumnias. Piensan que del prójimo siempre hay que sospechar. “Frente a los negociadores de la sospecha, que dan la impresión de organizar una trata de la intimidad, es preciso defender la dignidad de cada persona, su derecho al silencio. En esta defensa suelen coincidir todos los hombres honrados, sean o no cristianos, porque se ventila un valor común: la legítima decisión a ser uno mismo, a no exhibirse, a conservar en justa y pudorosa reserva sus

(2) J. Escriv; de Balaguer. “Camino”, Editorial Andina, Lima, 1974, Nº 645.

alegrías, sus penas y dolores de familia; y sobre todo, a hacer el bien sin espectáculo, a ayudar por puro amor a los necesitados, sin obligación de publicar esas tareas en servicio de los demás y, mucho menos, de poner al descubierto la intimidad de su alma ante la mirada indiscreta y oblicua de gentes que nada alcanzan ni desean alcanzar de vida interior, si no es para mofarse implacablemente". (3)

El hablar puede engendrar dificultades cuando se falta a la verdad o simplemente cuando se es inoportuno o indiscreto. Hay momentos en que es mejor callar por prudencia, caridad o tal vez porque no hace falta contar aquello, cuando motive la curiosidad o remueva a las personas en sus pasiones.

La caridad en la expresión

La virtud de la caridad debe acompañar a nuestro hablar y entonces cuidamos lo que decimos. Hablaremos con moderación, delicadeza y sin herir a nadie. Evitaremos las palabras duras que pueden ser groserías y que bajan el nivel de nuestra expresión al tono de lo vulgar y desagradable.

En personas de poca formación se observa la falta de delicadeza en la expresión. La torpe-

(3) J. Escrivá de Balaguer, "El respeto cristiano a la persona y a su libertad", Ed. Universidad de Piura. Colección Algarrobo, Piura, 1972, pág. 18.

za al hablar les lleva a faltar al prójimo y muchas veces sin quererlo. En algunas ocasiones estas maneras están ligadas a un modo de ser. La carta de presentación en la sociedad o en el grupo será el lenguaje mordaz o hiriente que parece que entra muy bien y no es más que un mecanismo de defensa para salir del paso.

Cuando la ironía es algo habitual y no hay virtudes que la respalden, sobre todo la virtud de la Caridad que levanta a los demás, se convierte en un arma peligrosa que dificulta y anula el trato con los demás. "La burla y la sátira revisten especial peligro, por ser personas ingeniosas, con indudable agudeza mental, quienes las practican. Muchas veces lo único que se pretende es pasar y hacer pasar un buen rato con bromas referidas a alguno de los presentes, sin más transcendencia. Sin embargo, a veces la finalidad no es tanto ésta, como la de ridiculizar a otra persona poniéndola en evidencia —de palabra o por escrito— resaltando defectos más o menos ocultos, de orden físico o moral. No es, propiamente hablando, una clara injuria lo que el "burlador" se propone, pero fácilmente se acerca a ello, porque de alguna manera queda malparado el honor que al prójimo le es debido".

"Hay personas para quienes la burla o la sátira constituyen su particular arma defensiva. Aunque no se puede generalizar, suele darse esta "propiedad" con mayor frecuencia en personas tímidas que caen así en lo que pudiéramos denominar "timidez agresiva". (4)

(4) José A. Galera, "Sinceridad y fortaleza", Ed. Palabra, Madrid, 1974, pág. 56.

El irónico sin virtudes es poco serio. Buscará llevarlo todo al terreno de la broma que es donde tiene éxito.

El lenguaje burlesco que puede estar bien en algunos momentos de diversión, nunca debe ser arma de ataque. Actuar, lanzando dardos al prójimo con comentarios incisivos amarga la existencia, aunque al irónico le parezca muy acertado, con chispa, gracia e inteligencia.

Todas las personas merecen un respeto y es esencial la delicadeza a la hora de hablar.

Esta delicadeza es compatible con el ánimo que el prójimo necesita con frecuencia.

La virtud de la caridad nos hace ver cuándo debemos elevar el ambiente con comentarios divertidos, llenos de chispa, que tocan al prójimo y lo avivan.

La caridad nos lleva en ocasiones a empujar a la gente, tal como lo hace un entrenador con los integrantes de su equipo. Habrá que arengar y a veces con fuerza, como un sargento puede hacerlo con sus soldados. Pero todas estas formas de empujar al prójimo, tan útiles y convenientes, están dadas bajo la Caridad; son consecuencia del amor a Dios y al prójimo.

El que ama de verdad no es indiferente. Es más fácil quedarse callado y no actuar. La Caridad nos lleva a meternos, a ser despiertos, a empujar, a hablar con ánimo, a ponerle a los ambientes el aspecto agradable y divertido que no puede faltar.

Hay gente que por naturaleza es habladora; otros por el contrario son callados. Sólo la Caridad hace prudente y discreto al hablador y lo cuaz al premioso.

Lenguajes sin contenido

La charlatanería ha sido defecto de muchas personas y sociedades enteras. Cuántas veces se dice: "lleva hablando muchas horas y no ha dicho nada". Es importante ir al grano sin dar demasiados rodeos. Abundan desgraciadamente las conversaciones sin contenido y aquellas que en el fondo expresan un aburrimiento integral.

La flojera y la soberbia pueden salir de manifiesto en las conversaciones. Algunas veces se trasluce una carga sentimental. La razón no habla, duerme, está anestesiada. Hablan los sentimientos: se defienden posturas con pasión y por simple simpatía. Se atacan opiniones por antipatía. Somos espectadores de cómo se porta un buen sector de la sociedad ante los acontecimientos mundiales. Buena parte de la población inclina su apoyo sin que exista de por medio ningún argumento razonable, lo hacen tan sólo por una preferencia sentimental y algunos coinciden en sus sentimientos como si hubiera habido un acuerdo de fondo con razones claras y convincentes estudiadas o leídas, y no hay nada de eso.

Un amigo me contaba que cuando estudiaba en el colegio había como un acuerdo tácito entre todos los compañeros para seguir y aprobar todo

lo que dijese un profesor y el mismo acuerdo para vetar a otro rechazándolo constantemente sin que existiera algo razonable para actuar así. Es más, el profesor que era objeto de preferencia tenía mala doctrina; el otro era correcto. El primero hacía mucho daño; el segundo mucho bien. Pero los alumnos no entendían el idioma de lo razonable; la convicción de sus sentimientos era tan fuerte que ningún argumento podía cambiarla.

Esto es consecuencia de una educación mal llevada. Esta situación, que es general en el mundo hoy ha aumentado y es mayor en los países donde hay más ignorancia.

Hablar por quedar bien

Hablar para quedar bien. Cumplidos largos y llenos de frases bonitas, promesas que mueren en los labios: —¡De todas maneras lo haré!, ¡por supuesto!, ¡claro!, ¡ni hablar!, ¡no faltaba más!

Cuántas expresiones que indican interés y no son más que una norma de “cortesía”, si es que a eso se le puede llamar cortesía.

La sociedad paga los platos rotos de las posturas falsas. El incumplimiento de los compromisos sólo produce efectos negativos: “...a las cinco en punto estoy en tu casa” se afirma rotundamente y luego: ...un olvido, otro compromiso, o no se sabe qué, engendran el famoso “perro muerto” que algunos aceptan como cosa ha-

bitual. Habría que salir al paso y reaccionar contra estas posturas que lo paralizan todo e incuban la desconfianza entre las personas.

No hay trabajo serio que salga adelante cuando los incumplimientos están a la orden del día. Es divertido leer en los partes matrimoniales al lado de la hora fijada: "hora exacta", entre paréntesis. Como asegurando que de todas maneras, caiga quien caiga, se empezará puntual. Sin embargo a pesar de los pesares y por mucho que se subraye la hora, la impuntualidad parece que está como en la sangre; se ha hecho habitual llegar tarde, la "hora criolla" es la que rige.

Este problema es importante afrontarlo porque engendra otros más serios.

Tenemos que conseguir que nuestro sí sea sí y nuestro no, no. Si hemos quedado a una hora, a esa hora estamos. El horario, la puntualidad no pueden faltar. Debe haber un ejercicio constante a lo largo del día para tonificar a la voluntad y acostumbrarla a ser ordenada. "—¿Virtud sin orden?— ¡Rara virtud!". (5) La eficacia se esconde detrás del orden. Con el desorden todo se queda sin hacer y lo poco que se hace se pierde.

"Voluntad. —Energía. —Ejemplo. —Lo que hay que hacer, se hace... Sin vacilar... Sin miramientos...

Sin esto, ni Cisneros hubiera sido Cisneros; ni Teresa de Ahumada, Santa Teresa...; ni Iñigo de Loyola, San Ignacio...

(5) J. Escrivá de Balaguer, "Camino", oc. Nº 79.

¡Dios y audacia! —“Regnare Christum volumus”. (6)

La puntualidad hará que seamos eficaces y la decisión para hacer lo que tenemos que hacer hará que aprovechemos bien el tiempo y que demos mucho fruto y pronto: hoy, ahora. “No dejes tu trabajo para mañana”. (7) No podemos dejar las cosas para el último momento: pagar el rodaje del automóvil, renovar la libreta electoral, sacar las entradas para el clásico Alianza-U., hacer la declaración jurada o estudiar el examen que nos han puesto.

El dominio del idioma

Hay que saber precisar las cosas con el lenguaje y no quedarse en la ambigüedad. No ser una persona que naufraga en un mar de dudas e indecisiones. Esto exige un cierto dominio de la lengua.

Todas las sociedades han resaltado la importancia de aprender bien los idiomas para tener éxito en la vida. Los colegios y universidades traen en sus programas académicos horas semanales dedicadas a los idiomas. A muchos no les basta y toman clases en algún Centro Cultural, incluso durante las vacaciones. Acuden a grandes laboratorios con medios audiovisuales. Hay prisa por aprender. De vez en cuando y cuando las posibilidades lo permiten viajan al país

(6) J. Escrivá de Balaguer, “Camino”, oc. Nº 11.

(7) J. Escrivá de Balaguer, “Camino”, oc. Nº 17.

donde se habla ese idioma para avanzar más. Todos estamos de acuerdo en que la expresión es importante. Es importante comunicarse, entender y hacerse entender.

Saber el propio idioma es tanto o más importante que saber otro. Con el dominio del idioma se puede hacer mucho: explicar las cosas, resolver problemas, conseguir trabajo, enseñar, animar. Es un instrumento maravilloso a nuestro alcance.

Todos necesitamos saber hablar, saber expresarnos bien. En las entrevistas previas a cualquier trabajo juega un importante papel el modo de expresión. La forma de hablar da a entender la cultura y la capacidad de trabajo que tiene la persona. La riqueza de vocabulario es fruto de la lectura atenta y ordenada y del esfuerzo personal.

Esto no quiere decir que al hablar tengamos que ser elocuentes oradores cargados de frases bien dichas y oportunas. Quienes recurren a esto, pensando que es lo principal, no saben hablar porque están cantando la ópera fuera del teatro. No se dan cuenta que con ese lenguaje lleno de florituras, más que comunicarnos con el prójimo: entender y dejarse entender, se están alejando de él. Viven en otro mundo. Generalmente estas personas perciben poco los problemas, sólo se preocupan de lo bonito que suenan sus palabras: se escuchan a sí mismas y la vanidad les hace pensar que son claras y expresivas. "Tienes, como ahora dicen, "mucho cuento". —Pero, con toda tu verborrea, no lograrás que justifi-

que —¡providencial!, me has dicho— lo que no tiene justificación”. (8)

Hablar con fundamento

Es evidente que el contenido del lenguaje es lo más importante. Importa más el fondo que la forma. En todo caso la forma estaría al servicio del fondo y no viceversa. Si el fondo es rico uno mismo buscará adecuar la forma para que el contenido no se pierda.

Cuando un producto tiene un gran valor, por lo general, el envase o la envoltura son de calidad. Si el producto vale poco, no importa demasiado como venga. Lo mismo sucede con el lenguaje. Es preciso hablar con fundamento. Sabiendo lo que se va a decir, conociendo las cosas a que se hace referencia. El lenguaje es un medio para hacer el bien: Hablar claro para arreglar las cosas, hablar respetando, presentando una visión positiva llena de optimismo, llegando a soluciones, etc., y todo esto presentado humildemente, con sencillez y sinceridad.

El lenguaje, cuidado en la forma, pero sin contenido, o con un contenido negativo puede impresionar a personas con poca formación. Ellos dirán admirados: ¡Qué bien habló! y cuando se les pregunta ¿qué dijo?, contestan: No sé, pero habló muy bien y me ha convencido.

(8) J. Escrivá de Balaguer, “Camino”, oc. Nº 37.

“Nunca quieres “agotar la verdad”.— Unas veces, por corrección. Otras —las más—, por no darte un mal rato. Algunas por no darlo. Y, siempre, por cobardía.

Así, con ese miedo a ahondar, jamás serás hombre de criterio”. (9)

Qué importante es decir: no sé, cuando no se sabe. Hay personas que se sienten obligadas a contestar todo lo que se les pregunta y se meten a opinar en terrenos que no conocen y hablan incluso pontificando. Nos aseguran: ¡Esto es así!, con un convencimiento y una certeza que pasman.

“Después de ver en qué se emplean, ¡íntegras!, muchas vidas (lengua, lengua, lengua con todas sus consecuencias), me parece más necesario y más amable el silencio.— Y entiendo muy bien que pidas cuenta, Señor, de la palabra ociosa”. (10)

Pierden la objetividad: el profesional incompetente, que no sabe lo suyo pero quiere dar a entender que sí sabe, el alumno que no aprendió su lección y “palabrea”, luego protesta y se queja por su mala nota; el vendedor que ofrece más que lo que su producto puede dar: “dora la píldora” exagerando la nota; el fanático que hace afirmaciones rotundas que en otros momentos con serenidad y ponderación, ni él mismo se las cree.

(9) J. Escrivá de Balaguer, “Camino”, oc. Nº 33

(10) J. Escrivá de Balaguer, “Camino”, oc. 447

El lenguaje es necesario para ayudar al hombre, para salvarlo. Pero un lenguaje real, limpio, cargado de contenido. El lenguaje debe estar al servicio del hombre. Se trata de hacerle un servicio auténtico, llevarlo por buen camino. El lenguaje que está al servicio del hombre, está antes al servicio de Dios. Este lenguaje lo habla el hombre que está unido a Dios: "De la abundancia del corazón habla la boca". (11) El lenguaje con fundamento lo tendrá la persona íntegra que vive una unidad de vida: su conducta es reflejo de lo que tiene dentro. Dice lo que hace. No engaña. Este hombre con su lenguaje podrá conseguir lo increíble. El lenguaje debe contribuir a que el hombre llegue a su fin; el lenguaje debe estar al servicio de la Iglesia, que tiene como fin la salvación del hombre. "El cometido fundamental de la Iglesia en todas las épocas y particularmente en la nuestra es dirigir la mirada del hombre, orientar la conciencia y la experiencia de toda la humanidad al misterio de Cristo...". (12)

A esta misión puede dedicarse el lenguaje de la persona que está unida a Dios. Ser instrumento al servicio de Dios. Dios facilita a estas personas bien dispuestas los términos apropiados y hace que aquello que se dice, se entienda bien; es lo que llamamos "don de lenguas". De todos modos el hombre siempre debe esforzarse en hablar cada vez mejor. El que domina más términos y más vocabulario puede hacer más bien.

(11) Mt 12, 34.

(12) Juan Pablo II, "Redemptor hominis", en Documentación Doctrinal, Año I, Nº 8, 1979, pág. 13.

El Papa Juan Pablo II preocupado por la catequesis contemporánea hace referencia en su Exhortación Apostólica a la importancia del lenguaje: "Un problema próximo es el del lenguaje. Todos saben la candente actualidad de este tema. ¿No es paradójico constatar también que los estudios contemporáneos, en el campo de la comunicación, de la semántica y de la ciencia de los símbolos, por ejemplo, dan una importancia notable al lenguaje; mas, por otra parte, el lenguaje es utilizado abusivamente hoy al servicio de la mistificación ideológica, de la masificación del pensamiento y de la reducción del hombre al estado de objeto?".

"Todo esto influye notablemente en el campo de la catequesis. En efecto, ésta tiene el deber imperioso de encontrar el lenguaje adaptado a los niños y a los jóvenes de nuestro tiempo en general, y a muchas otras categorías de personas, lenguaje de los estudiantes, de los intelectuales, de los hombres de ciencia; lenguaje de los analfabetos o de las personas de cultura primitiva; lenguaje de los minusválidos, etc. San Agustín se encontró ya con ese problema y contribuyó a resolverlo para su época con su famosa obra **De catechizandis rudibus**. Tanto en catequesis como en teología, el tema del lenguaje es sin duda alguna primordial. Pero no está de más recordarlo aquí: la catequesis no puede aceptar ningún lenguaje que, bajo el pretexto que sea, aun supuestamente científico, tenga como resultado desvirtuar el contenido del Credo. Tampoco es admisible un lenguaje que engañe o seduzca. Al contrario, la ley suprema es que los gran-

des progresos realizados en el campo de la ciencia del lenguaje han de poder ser utilizados por la catequesis para que ésta pueda “decir” o “comunicar” más fácilmente al niño, al adolescente, a los jóvenes y a los adultos de hoy todo su contenido doctrinal sin deformación”. (13)

Corrección en la expresión

Como se ha visto, es necesario aprender a hablar más y mejor, conocer más términos y ampliar el vocabulario. Para esto es necesaria la lectura frecuente y utilizar el diccionario. Se dice que hay dos clases de analfabetos: los que no saben leer y los que no saben lo que leen.

Cuando hay pobreza de lenguaje se aprovechan muy poco las lecturas. Si se desconocen los términos las cosas no se entienden o se entienden a medias. Hay gentes que no aprovecha más de un 10% de lo que lee, por distintos motivos: poco interés, distracciones, la falta de conocimientos de cultura general que no permite situar la lectura, por ejemplo, en una época concreta, si es de historia, pobreza de términos o no saber su significado, etc.

En toda educación es imprescindible enseñar a usar el lenguaje; los análisis morfológicos e incluso los etimológicos, no son mera cultura general superflua como a veces piensan algunos,

(13) Juan Pablo II, “Catechesi Tradendae”, en Documentos Eclesiásticos, Nº 28, 1979, pág. 79.

sino que tienen que ver mucho con la formación, ya que constituyen la esencia del vocabulario, que es el instrumento valioso para lograr entender las cosas.

Es fácil observar en mucha gente el convencimiento de haberse enterado de las cosas y realmente no haberlas asimilado. Se oyen las quejas y lamentos de profesores y maestros que sorprenden a sus alumnos ya mayores con lagunas serias en conocimientos que debían dominar porque se les enseñó.

Hay gente que enseña suponiendo que sus educandos ya tienen los conocimientos básicos y ni se preocupan en averiguarlo.

Los alumnos por lo general no saben advertir esa carencia de conocimiento. Aceptan las explicaciones, incluso dan la impresión de estar entendiendo muy bien todo lo que se les dice. Muchos tienen buena memoria y repiten sin haber asimilado. Los resultados se ven luego: abandono de los estudios, cambio de ocupación, inconstancia, falta de madurez, decisiones precipitadas, candidez e ingenuidad, creencias falsas, enfermedades psicológicas, anomalías en la personalidad, etc.

El educador que es formador tiene la misión de lograr que sus alumnos aprendan. "Podríamos decir que la formación, sea del tipo que sea, irá orientada a que acierte el máximo posible. Así pensaremos que una persona está bien formada en su profesión si generalmente acierta en ella; de otro diremos que tiene buena forma-

ción futbolística si conoce bien las alineaciones de los equipos, sus entrenadores, resultados, etc. Y de un tercero podríamos pensar que tiene una buena formación moral si sabe distinguir perfectamente, sin error lo bueno de lo malo". (14)

Un buen educador sabrá lograr que sus alumnos asimilen las cosas. El vocabulario es muy útil para el aprendizaje y la formación. Sin lenguaje es muy difícil aprender. Si el lenguaje es rico y variado hay más capacidad. Las cosas se asimilan a velocidades increíbles.

En este enriquecimiento del vocabulario juega un papel importante la memoria. Hay que destacar el papel de esta facultad humana porque algunos pretenden dejarla de lado. Un buen educador sabe que el aprendizaje memorístico es importante y las personas que poseen un vocabulario rico es porque utilizan bien su memoria. La memoria nos ayuda a traer las palabras adecuadas que necesitamos. Hay que hacer trabajar a la memoria. En todos los campos del saber humano la memoria ocupa un lugar principal. La memoria ayuda a precisar, a grabar las cosas y esto es además causa de una mayor estabilidad y equilibrio de la persona. Una persona sin memoria está perdida. Todos tenemos esta capacidad y quien la ejercita llega a avances increíbles. Todos nos hemos quedado asombrados de la memoria de los grandes personajes de la historia; también nos llama la atención la memoria de los santos.

(14) Pablo Cabellos, "Formación de la conciencia" Mundo Cristiano Nº 147, 1972, pág. 7.

La Iglesia que busca con urgencia la salvación de las almas utiliza en su pedagogía catequética la memorización. Hemos leído con atención al Papa Juan Pablo II cuando nos habla de este tema: "La última cuestión metodológica que conviene al menos subrayar —más de una vez se hizo alusión a ella en el Sínodo— es la memorización. Los comienzos de la catequesis cristiana, que coincidieron con una civilización eminentemente oral, recurrieron muy ampliamente a la memorización. Y la catequesis ha conocido una larga tradición de aprendizaje por la memoria de las principales verdades. Todos sabemos que este método puede presentar ciertos inconvenientes: no es el menor el de prestarse a una asimilación insuficiente, a veces casi nula, reduciéndose todo el saber a fórmulas que se repiten sin haber calado en ellas. Estos inconvenientes, unidos a las características diversas de nuestra civilización, han llevado aquí o allí la supresión casi total —definitiva, por desgracia, según algunos— de la memorización en la catequesis. Y sin embargo, con ocasión de la IV Asamblea General del Sínodo, se han hecho oír voces muy autorizadas para reequilibrar con buen criterio la parte de la reflexión y de la espontaneidad, del diálogo y del silencio, de los trabajos escritos y de la memoria. Por otra parte, determinadas culturas tienen en gran aprecio la memorización.

“¿Por qué, mientras en la enseñanza profana de ciertos países se elevan críticas cada vez más numerosas contra las lamentables consecuencias que se siguen del menosprecio de esa facul-

tad humana que es la memoria, no tratar de revalorizarla en la catequesis de manera inteligente y aún original, tanto más cuando la celebración o "memoria de los grandes acontecimientos de la historia de la salvación exige que se tenga un conocimiento preciso? Una cierta memorización de las palabras de Jesús, de pasajes bíblicos importantes, de los diez mandamientos, de fórmulas de profesión de fe, de textos litúrgicos, de algunas oraciones esenciales, de nociones-clave de la doctrina... , lejos de ser contraria a la dignidad de los jóvenes cristianos, o de constituir un obstáculo para el diálogo personal con el Señor, es una verdadera necesidad, como lo han recordado con vigor los Padres sinodales. Hay que ser realistas. Estas flores, por así decir, de la fe y de la piedad no brotan en los espacios desérticos de una catequesis sin memoria". (15)

Las cosas que se asimilan son las que quedan. El hombre tiene una capacidad de asimilación, una capacidad para formarse y debe recibir una educación adecuada. Cuando la educación está equivocada o no se educa esa capacidad se pierde, se deteriora.

Gran parte de la educación está destinada a corregir. En cada hombre hay mucho que corregir. Está dañado por el pecado original, tiene en sí unas inclinaciones hacia el mal que hay que corregir. Los padres tienen una grave responsabilidad: la formación de sus hijos. Se preocuparán de enseñar, orientar, dar ejemplo, corregir; ponerles en el colegio que ofrezca garan-

(15) Juan Pablo II, "Catechesi Tradendae", oc. pág. 74.

tías de buena educación; muchas veces no será el colegio de moda, donde va la mayoría, o el grupo social que interesa. Cuidará los ambientes que frecuentan sus hijos, procurará no ir con la familia a aquellos lugares que puedan traer un mal ambiente para los hijos: algunos lugares de verano, clubes, cinemas, playas, etc., que no ofrezcan las garantías para una sana educación. El ambiente puede aunque los padres estén presentes.

El lenguaje del alma

Todas las personas necesitan un director espiritual. "Si no levantarías sin un arquitecto una buena casa para vivir en la tierra, ¿cómo quieres levantar sin Director el alcázar de tu santificación para vivir eternamente en el cielo?". (16) Desde muy jóvenes las personas necesitan acudir al sacerdote. Es importante llevar a los niños a la confesión para que limpien su alma y formen su conciencia. Allí el sacerdote tiene un papel fundamental. "El sacerdote que está confesando es el mismo Cristo; el penitente arrepentido sale alegre de haber recibido el perdón del Señor" (17) cuando limpia bien su alma. Allí el sacerdote cuidará la formación de la conciencia. No se puede pensar, como a veces se oye, que la confesión es innecesaria. Pecan los padres que

(16) J. Escrivá de Balaguer, "Camino", oc. Nº 60.

(17) Manuel Tamayo P., "El Juez que perdona siempre" Nuevo Tiempo, Lima, 1978, pág. 19.

alejan a sus hijos de este sacramento. Algunos dicen: no vayas, cuéntame las cosas a mí, yo tengo experiencia, soy tu padre... etc., y no se dan cuenta que ellos no son sacerdotes, no tienen poder para quitar el peso que tienen las almas por los pecados; tampoco podrán formar bien la conciencia de los hijos si no cuentan con el director espiritual. "Cuando un seglar se erige en maestro de moral se equivoca frecuentemente: los seglares sólo pueden ser discípulos". (18)

Todas las personas deben aprender el idioma más importante: el lenguaje del alma. Aquí no cabe desconocimiento. Hay que saber expresar en la dirección espiritual lo que se tiene dentro. No se trata de una simple conversación esporádica e interesante para ganar en experiencia. Se trata de una necesidad. El alma necesita de un desaguadero para arrojar la podredumbre que ha adquirido y necesita al mismo tiempo la medicina de la gracia divina que cierra las heridas y tonifica a las personas. "Nuestro Padre Dios, cuando acudimos a El con arrepentimiento, saca, de nuestra miseria, riqueza; de nuestra debilidad, fortaleza...". (19)

La valentía de hablar claro en la dirección espiritual

Cuando el hombre no sabe expresar lo que tiene dentro, sufre mucho y la vida entra por vericuetos extraños, túneles fantásticos que no

(18) J. Escrivá de Balaguer, "Camino" Nº 61.

(19) J. Escrivá de Balaguer, "Hacia la Santidad" Amigos de Dios, Rialp, Madrid, 1978, pág. Nº 309.

se sabe dónde terminan. Se percibe una desorientación bastante pronunciada y a veces falta de equilibrio y madurez, o una dirección claramente equivocada. Muchos se agarran al error como tabla de salvación creyendo por el momento estar seguros; pero saben, o al menos intuyen, que están engañados. Sólo la sinceridad total de vida de quien tiene la verdad y se apoya en ella ofrece la auténtica estabilidad.

Hay que hablar claro en la dirección espiritual, decirlo todo y en primer lugar aquello que más vergüenza nos dá; aquello que no queremos que se sepa.

“Contad primero lo que desearíais que no se supiera. ¡Abajo el demonio mudo! De una cuestión pequeña, dándole vueltas, hacéis una bola grande, como con la nieve, y os encerráis dentro. ¿Por qué? ¡Abrid el alma! Yo os aseguro la felicidad, que es fidelidad al camino cristiano, si sois sinceros. Claridad, sencillez: son disposiciones absolutamente necesarias; hemos de abrir el alma, de par en par, de modo que entre el sol de Dios y la caridad del Amor”. (20)

Hay que ir sin rodeos, con claridad, con valentía, directamente: me pasó esto. No hacerlo así significa llevar un peso considerable encima aunque el hecho que se calle nos parezca insignificante e incluso ridículo. Si uno sufre por una ridiculez aquello es importante y debe decirse aunque cause hilaridad. No lo decimos a cual-

(20) J. Escrivá de Balaguer, “Porque verán a Dios” Nuevo Tiempo, Lima, 1977, pág. 22.

quiera. Lo decimos en la dirección espiritual para que nos ayuden.

Cuando hablamos claro soltamos un peso de encima. El alivio que se tiene después de hablar es increíble. Cuántas cosas buenas renacen; se recupera la capacidad, vuelven a surgir iniciativas, cuánto se puede hacer.

La insinceridad es una atadura que nos tira contra el suelo, nos hace “cabezones” e irreflexivos, dominantes, ineficaces, amargos, indiferentes...

“Hermanos y hermanas en Cristo, decía Juan Pablo II en un discurso pronunciado el 29 de octubre de 1978, con plena convicción y afecto os repito las palabras que dirigí al mundo cuando inicié mi ministerio apostólico al servicio de todos los hombres y mujeres: “—No temáis! —Abrid, más todavía, abrid de par en par las puertas a Cristo!... —No tengáis miedo! Cristo conoce lo que hay dentro del hombre. Sólo El lo conoce”. (21)

Todos tenemos tendencia a callarnos, a esconder las cosas, a que no se sepa. Algunos hablan de lo íntimo como de algo intocable y ponen candado a su corazón; en ese campo son dueños y no dejan que nadie penetre. Defienden sus miserias como si fueran tesoros y se convierten en miserables. Cualquier hombre, por muy dotado que sea, si no es sincero y abre su alma en la

(21) Juan Pablo II “L’ Osservatore Romano”, Edición, en lengua Española, 29 de octubre de 1978, pág. 4.

dirección espiritual se enterrará él mismo y no tendrá nunca la tranquilidad que busca.

“Mira: los apóstoles, con todas sus miserias patentes e innegables, eran sinceros, sencillos..., transparentes

Tú también tienes miserias patentes e innegables. —Ojalá no te falte sencillez”. (22)

Para tener paz hay que hablar claro; para que vuelva la alegría y sea constante, hay que abrir el alma en la dirección espiritual y no una vez, muchas veces a lo largo de nuestra vida. El polvo del camino y nuestros defectos se encargan de complicarnos muchas veces. El alma necesita esos desaguaderos.

Para poder contar lo que sucede por dentro es necesario hablar claro, usar el lenguaje y llamar a las cosas por su nombre. Los síntomas deben ser dados con claridad para que la medicina sea apropiada. Hay que explicar bien las cosas, tal como han sucedido. Bastan la claridad y la precisión, sin recurrir a relatos innecesarios que en vez de ayudar pueden perjudicar.

El arte de hablar

A nadie le conviene por ningún motivo guardarse las cosas para sí. El alma necesita una purificación constante. Es una locura callar algo. Es permitir que la infección crezca. La persona

(22) J. Escrivá de Balaguer, “Camino”, oc. Nº 932.

que calla se expone al peligro de perder su alma. Callar es pactar con satanáas, venderle el alma al demonio. Hablar es sanar, recuperar la forma, llenarse de alegría, ser libre

“Algunas personas se han formado —deformado— de tal manera la conciencia que su mutismo, su falta de sencillez, les parece una cosa recta: piensan que es bueno callar. Sucede incluso con almas que han recibido una excelente preparación, que conocen las cosas de Dios; quizá por eso encuentran motivos para convencerse de que conviene callar. Pero están engañados. La sinceridad es necesaria siempre; no valen excusas, aunque parezcan buenas”. (23)

En este terreno, ya lo hemos dicho, no hay excepciones. Nadie puede decir: a mí no me pasa nada. Entre los insinceros se encuentran los traidores, egoístas, cobardes tímidos.

Todo hombre por muy inteligente que sea o por muy dotado que esté necesita abrir su alma y descargarla. Para hacerlo debe mirar dentro; hacer una revisión, un análisis, tal como se hace con el cuerpo en un examen médico. Debemos investigar nuestra alma para luego poder hablar.

“Examen. —Labor diaria. —Contabilidad que no descuida nunca quien lleva un negocio. ¿Y hay negocio que valga más que el negocio de la vida eterna?”. (24)

(23) J. Escrivá de Balaguer, “Porque verán a Dios” oc. pág. 22.

(24) J. Escrivá de Balaguer, “Camino” oc. Nº 235.

Sólo sabremos qué nos pasa y cómo solucionar las cosas cuando hablemos. Como sucede con el cuerpo humano a veces también resulta difícil dar con la enfermedad. No sabemos lo que pasa, se está inquieto, insatisfecho, hay como un malestar que de pronto se agudiza, incertidumbre, dudas, etc. A simple vista no se ve nada. Si a un avión, en vez de gasolina le ponemos aceite de cocina, a simple vista no se ve nada, parece que todo está correcto: el tanque lleno, el motor en regla, pero a la hora de querer partir no se puede. . Hay que quitar el aceite de cocina y colocar gasolina. Lo mismo sucede con nuestra alma. Todo está bien, pero no andamos. Hay que descubrir lo que nos pasa, seguramente hay algo que limpiar. El hombre no puede funcionar bien si está sucio. Hay que hacer examen y hablar.

Siempre hay cosas. A veces penetran sin darnos cuenta. En un zoológico había una vez un elefante, que de pronto cayó muerto. Los veterinarios le abrieron para estudiar el caso y encontraron dentro del animal, trozos de botellas, palos, cajas, alambres y un conjunto de desperdicios que el animal había tragado junto con la comida. Nosotros también ingerimos cosas sin darnos cuenta: en el ambiente de la calle, por unas lecturas, por una película, también dentro de nuestras propias casas a través de algún programa de TV, una película o el periódico. Aquello que pasa como por ósmosis puede producirnos una indigestión. Hay que hablar pronto, sin dejar pasar el tiempo. Si dejamos pasar los días

el microbio penetra y se esconde; luego es más difícil.

Hay que vencer la vergüenza. Qué importa que se enteren; qué importa que nos conozcan tal como somos. Si es para nuestro bien. Nadie se va a extrañar de las cosas que contamos. “¿Por qué ese reparo de verte tú mismo y de hacerte ver por tu Director tal como en realidad eres?

Habrás ganado una gran batalla si pierdes el miedo a darte a conocer”. (25)

Todos tenemos los pies de barro y somos capaces de cometer grandes barbaridades. Aunque hayamos cometido muchos crímenes: ¡A hablar pronto!, ¡A decirlo todo!.

Hay que darse cuenta de las cosas. No podemos permitir, triste cosa sería, que nuestra conciencia sea laxa. Permanecer indiferentes o no dar importancia a las enfermedades que adquirimos es algo grave. Nuestra conciencia debe ser delicada, fina. Una conciencia que sepa percibir las cosas y llamar bien al bien y mal al mal.

A veces una falsa valentía nos quiere detener ante las cosas que nos hacen daño, y decimos: A mí no me pasa nada, y lo puedo ver todo, a mí no me afecta. Cuentan que en la Edad Media un poderoso señor tenía un imponente castillo y se jactaba de la vigilancia que tenía y cómo los ladrones no habían podido penetrar. Sin

(25) J. Escrivá de Balaguer, “Camino”, oc. Nº 65.

embargo tenía una ventanita abierta y pensaba que por allí no podía meterse nadie, estaba muy alta y era muy pequeña. Nunca le preocupó esta ventana y la tuvo abierta muchos años. Un día los ladrones se organizaron, contrataron un enano que trabajaba en un circo y con piruetas por la noche, logró escalar el muro, meterse por la ventana y abrió la puerta a los ladrones, que tomaron el castillo. Este señor poderoso perdió su fortuna en un día por haberse descuidado en ese detalle.

No podemos tener en nuestra alma ningún rincón sin limpiar, no podemos decir: A mí no me pasa nada. Todos podemos caer, a todos nos afecta de alguna manera o de otra. Hay que ser prudentes: hablar y poner la medicina a tiempo.

Las expresiones del alma limpia

Una vez limpia el alma, en ella se encierran los dones más grandes que son regalos del Señor. Esa alma tocada por la gracia es un instrumento maravilloso. Hay luz, fuerza, deseos de hacer el bien, se ven posibilidades, hay esperanza, optimismo. Una inquietud buena. Cada palabra estará cargada de tesoros increíbles. No son palabras vacías ni huecas, tienen contenido. Hay una congruencia total y una felicidad que no se puede describir. Se descubre que hablar es un arte maravilloso. Nuestro hablar empuja hacia el bien con un éxito que a nosotros nos asombra. Hay que llegar a ser portavoces de los

grandes tesoros divinos. El arte de hablar está al alcance de todos. Basta ser humildes y esforzarse un poco. Vale la pena ser expertos en este campo que tantos frutos da.

Si tienes una preocupación dala a conocer; vete corriendo y habla claro, así aprenderás y serás feliz.

Si quieres ser mejor habla con Dios; habla con claridad y escucha lo que te dice.

Si quieres ayudar al prójimo háblale con valentía. Métete en su vida y dile las cosas con cariño, con delicadeza pero cara a cara. No hagas como algunos: hablar mal del prójimo a sus espaldas. Tú al contrario, los defectos se los dices de frente, siempre con delicadeza y respeto y cuando no está, ante los demás habla siempre bien, alabando. "No hagas crítica negativa: cuando no puedas alabar, cállate". (26)

Puedes hacer mucho bien con ese lenguaje; no dejes de perfeccionarlo. Lee con frecuencia, escribe, utiliza el diccionario, aprende nuevos términos, esfuérzate en conversar, cuenta tus cosas. Si sigues estos consejos te aseguro un buen camino y entenderás que hablar es un arte más al alcance de todos.

(26) J. Escrivá de Balaguer, "Camino" Nº 443.

FOLLETOS PUBLICADOS:

9. OLIVEROS F. OTERO, La educación de la libertad.
10. FRANZ HENGSBACH, La liberación obrada por Cristo.
11. FRANCISCO LUNA Y LUCA DE TENA, Cómo confesarse bien.
12. ANTONIO DUCAY VELA, La Gente Pregunta...
13. FRANCISCO LUNA Y LUCA DE TENA, Cómo vivir la presencia de Dios.
14. JOSE MIGUEL IBAÑEZ LANGLOIS, Marxismo y cristianismo.
15. JESUS MOLINE LABARTA, El Demonio: qué hay de verdad sobre él.
16. CORMAC BURKE, El Aborto.
17. MONS. JOSEMARIA ESCRIVA DE BALAGUER: "Vocación Cristiana" y "El Triunfo de Cristo en la Humildad".
18. ANONIMO, Alegrías y apuros de una familia numerosa.
19. MONS. JOSEMARIA ESCRIVA DE BALAGUER: "Humildad" y "La Conversión de los Hijos de Dios".
20. CORMAC BURKE, Formación de la conciencia en los hijos.
21. TOMAS ALVIRA, Los padres, primeros educadores.
22. MERCEDES EGUIBAR, "Montserrat Grasés" una vida sencilla.
23. MONS. JOSEMARIA ESCRIVA DE BALAGUER: "Por María hacia Jesús" y "Vida de Oración".
24. JOSE MARIA MUNTADAS, Quince normas de piedad.
25. MONS. JOSEMARIA ESCRIVA DE BALAGUER: "Con la fuerza del amor" y "Para que todos se salven".
26. JUAN ROSELLO, "El Bautismo".
27. EL PAPA HABLA DE LA REGULACION DE LA NATALIDAD, La séptima encíclica: HUMANAE VITAE.
28. MONS. JOSEMARIA ESCRIVA DE BALAGUER: "Porque verán a Dios" y "Virtudes humanas".
29. AGAPITO ORTIZ, Formación humana de los hijos: Reciedumbre.
30. CAMILO LOPEZ-PARDO, La Biblia, Palabra de Dios.
31. FRANCISCO LUNA Y LUCA DE TENA, Cómo comulgar bien.
32. MONS. JOSEMARIA ESCRIVA DE BALAGUER, "Entrevista sobre la mujer y la familia".
33. PLACIDO CENTENO ROLDAN, "Cómo conocer y vivir la Santa Misa".
34. JOSEPH HOFFNER, "Miseria y esperanza del Cuarto Mundo".
35. MONS. JOSEMARIA ESCRIVA DE BALAGUER, "Trabajo de Dios" y "La lucha interior".
36. PEDRO DE LA HERRAN, "Cómo educar la fe de los hijos".
37. JOSE ANTONIO RUESTRA, "Marxismo y libertad de enseñanza".
38. JUAN ROSELLO, "La Confirmación".
39. ANTONIO DUCAY, "Voluntad fuerte".
40. MONS. JOSEMARIA ESCRIVA DE BALAGUER. "La esperanza del cristiano" y "Cristo Rey".
41. MANUEL TAMAYO, "El Juez que perdona siempre".
42. ENGRACIA A. JORDAN, "Educación para el amor".
43. JOSEPH HOFFNER, "El hambre en el mundo".

FOLLETOS PUBLICADOS
(Continuación)

44. JUAN GRINDA, "El ateísmo en los jóvenes".
45. GERARDO CASTILLO, "Cómo ayudar a los hijos en el estudio".
46. MONS. JOSEMARIA ESCRIVA DE BALAGUER, "Vivir cara a Dios y cara a los hombres" y "Cristo presente en los cristianos".
47. EUTQUIANO SALDON, "Persona, sociedad y estado".
48. GERARDO CASTILLO, "Cómo conocer a los hijos".
49. JOSE LUIS SORIA, "Sexto Mandamiento".
50. CORMAC BURKE, "Matrimonio en crisis".
51. ABRAHAM ZAVALA, "Carta a los enfermos".
52. MONS. JOSEMARIA ESCRIVA DE BALAGUER, "Tras los pasos del Señor" y "El gran desconocido".
53. DAVID ISAACS, "La familia, responsabilidad del hombre".
54. HUGO DE ACEVEDO, "¿Por qué no puedo leer lo que me da la gana?".
55. JAIME GREIFFENSTEIN, "El matrimonio de hoy".
56. JESUS URTEAGA, "24 preguntas a Mons. Escrivá".
57. ENCICLICA POPULORUM PROGRESSIO, PAULO VI, "El desarrollo de los pueblos".
58. COLOQUIOS J.M., "En la vida diaria".
59. OCTOGESIMA ADVENIENS, PAULO VI, "Dimensión social del comportamiento humano".
60. LOLO RICO DE ALBA, "El niño: esa incógnita".
61. MANUEL TAMAYO, "Cuando se quiere más".
62. MONS. JOSEMARIA ESCRIVA DE BALAGUER, "La Virgen del Pilar" y "El corazón de Cristo paz de los cristianos".
63. "Lo que se calla en el año internacional del niño".
64. LUIS BOROVIÓ, "Cristo y la revolución social".
65. FRANCISCA RODRIGUEZ QUIROGA, "El trabajo en el hogar".
66. AGUSTIN ROMERO GONZALEZ, "El miedo a la vida".
67. JUAN SEGARRA, JUAN JOSE SANGUINETTI, "El origen del hombre y la evolución".
68. GONZALO HERRANZ, "Palabras de Monseñor Josemaria Escrivá de Balaguer a Médicos y Enfermos".
- 69/70. VICTOR RODRIGUEZ GALLON, "El cristiano y la política".
71. GENARO MOLINA, "Educación de la Sexualidad en los chicos".
72. MONS. JOSEMARIA ESCRIVA DE BALAGUER, "La grandeza de la vida corriente". y "En la fiesta del Corpus Christi".
73. MANUEL TAMAYO, "El Arte de Hablar".

DISTRIBUYE: JALSA.

JIRON CUZCO 440 TEL. 28-3330 - LIMA-PERU